

1628

E-813
TITO

PEDRO JIJON SALCEDO

COSECHA

HUMANA

+

QUITO - ECUADOR
1943

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR

PEDRO JIJON SALCEDO

COSECHA HUMANA



BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR

EDITORIAL QUITO
Quito - Ecuador
1943

**Prohíbese la reproducción
total o parcial**

**Copyright by Pedro Jijón
Salcedo.**

*A mis primos,
Rosendo y Aristides Salcedo,
fraternalmente.*

esta obra no tiene más objetivo que el de hacer
conocer al pueblo ecuatoriano y a los hermanos
de raza, de idioma o de ideales, los hombres que
su valor intelectual, moral o de trabajo vie-
n a ser los elementos más activos de nuestra
nacionalidad, en este momento en que los pueblos
del Hemisferio Occidental se esfuerzan por com-
penderse y unificarse. Si la finalidad perseguida
fuese lograda, ella sola sería la más valiosa
compensa.

EL AUTOR

LA TRAGEDIA DE LLAMARSE PEDRO

El pequeño y grave nombre Pedro figura en todos los idiomas conocidos, y en todos ellos, sin excepción alguna, está unido a la leyenda, sea ésta de odio, crueldad o arrojo, ira o rencor: jamás de bondad. Es su característica histórica, vale decir su hado astral, predestinado desde la oscura noche de los tiempos.

Hay que ver que la vida de los titulados Pedros ha sido siempre combate, pugna perpetua con el ambiente, con los hombres, con Dios, a pesar de que su simbolismo exacto deviene de piedra, que es lo inmutable, lo eterno, lo inmóvil. No cabe pensar en la existencia del Apóstol Bíblico sin recordar la espada cortadora de orejas, el gallo de las negaciones y los rezongos en la portería del cielo, como no puede concebirse la duración en la literatura del Pedro Schemihl sin la venta del alma al diablo por la bolsa de Fortunato o de Urdemalas sin sus picardías.

Los reyes con tan escueto nombre fueron atrevidos y belicosos, y la agitación de sus cortes los condujo a la muerte violenta. Allí está Pedro el de Castilla, apodado el Cruel, tirano y fratricida, y al volver la página encontramos al de Rusia, motejado de Grande, y al del Brasil tan bravo como la selva oriental. Y si de otros ejemplos se trata, recuerden que hay quién que se casó once veces; quién, como el de la Sala Inquisitorial de Verona, quemador de once mil herejes, y quién, como el Papa don Pedro de la Luna, cuya vida pendió de un hilo en el sitio prolongado y sangriento por

la posesión de una ínsula en el Mediterráneo central.

Aunque los tiempos no sean ya tan propicios, los Pedros actuales no van a la zaga, en lo que a desmedros se trata, de los de hogaño y antaño. Son la piedra de escándalo de cuanto chisme se teje en cien millas a la redonda, y tienen que ir abandonando, entre tormentos y angustias, lo que les es más caro. Las suegras no los aguantan, los patrones no los quieren y hasta las lindas pebetas les huyen empavorecidas. ¿Quién es el desempleado? ¡Pedro! ¿Cuál es el comunista? ¡Pedro! ¿Dónde están los hambrientos? ¡En la legión de los Pedros! Y es tal la mala fama que gozan que cierta bruja gritó en el barrio de la Ronda cierta noche de Junio al conocer mi nombre: «¿Pedro? ¡Que Dios me ampare!» Y embozándose en la manta desapareció en su escoba entre alhucemas y azufres.

Pese a tanta saladura nosotros los ecuatorianos somos muy apegados a tan rimbombante nombre que solemos heredarlo en familia. Así se llamó mi padre, por él responde mi hijo y tal ha de ser mi nieto. Y aunque se nos tacha de hoscos somos tan cariñosos que si la luna nos piden a la luna regalamos entre sonrisas y venias.

NOCHE EN LA PUNA

I

No sé qué horrible pesadilla me hizo despertar con susto en aquél lugar demoníaco. Me erguí estremecido y palpitante y rocé con mis hombros desnudos la pared terrosa. La noche era mar negro. El silencio apretaba las sienes. La oscuridad, que pesaba como un mundo vacío, puso tan tensos mis nervios que estallaron con la violencia de las luces de bengala apenas intenté moverme cauto. El seco alarido pareció caer de hojas verdes en tierra calcinada. Cerré nuevamente los ojos y me estuve largo rato quieto, sumiéndome involuntariamente en las profundidades del recuerdo, en las tenebrosidades de la angustia y en la crudeza de la circundante realidad que, por mágico trastorno, venía a ser más dantesca que el sueño truncado.

¿Qué hacía allí, sobre la tierra dura y pegajosa, rodeado de túmulos de piedras aristadas, sitiado por ejércitos invisibles de insectos que saltaban y corrían repugnantes encima de mi espeluzada piel? ¿Era acaso mi tumba ese lugar angosto que hurtaba de mi vista el cielo y fatigaba el oprimido y carleante pecho mío?

Sacudí fiero la cabeza, tenté el desconocido alrededor, encendí un fosforillo y a su pálida luz identifiqué el sombrío escenario: estaba en la choza pajiza que al darme albergue en ese Marzo nebuloso me salvó de la heladez y de la muerte. Y la recordé tal como la viera al crepúsculo: hierático y tiritador centinela, erguido solitario en la umbría la-

dera, limitante del hosco e innominado páramo que por leguas y leguas se extendía sinuoso en la planicie.

En mi redor danzaban fantasmales las sombras: la llamita azulada del fósforo encandecía mis dedos y les daba la apariencia ingrata de las falanges de las manos de los esqueletos, que son tétricas y verdosas como las vírgenes fatuas. Dí algunos pasos trémulos, registrando la morada: no habían velas ni candiles, ni teas ni estopas, ni papeles ni mechas. Tampoco encontré muebles: rocas planas hacían de asientos, piedras redondas de fogones, galgas de almohadas. Algunos ponchos colorados raídos, haraposos follones y escasas pieles lanosas daban la pincelada coqueta. Yo me iba entenebreciendo. Apretaba a mi garganta recio nudo. Ya sabía — ¡y en qué forma tan patética! — cómo era que vivían muriéndose dos de los tres millones de mis compatriotas....

2

Mis zancadas sonoras fueron despertando a los tristes habitantes del hosco chozón: entre balidos erguíanse las ovejas, cacareaban asustadas las gallinas, escupía rabioso un llamingo y el matrimonio indígena, que yacía en el centro del grupo cobijándose con el calor general, humilde se acurrucaba. Allá, en el rincón, latía el perro, cuidador del infante dormido.

Debo de haberme tambaleado frenético, tal que trigo maduro azotado por huracanes. ¡No es así como debe de vivirse la vida, que de por sí es tan dura, y trágica, y maldita! ¡No: así no! Sentía ganas de gritar enloquecido, de salirme por el corazón roto.... Pero, ¿para qué? ¿Quién oiría mis apóstrofes, quién escucharía mi clamor del páramo y mi llanto de hombre ante el hombre, duplicado por el eco de los siglos inmensos? ¿Cómo hacerme presente al

ventruso hombre sin oídos, sin ojos y sin nervios que en Quito saborea el coctel Timoshenko y el burbujeante champaña, a mi costa de esclavo y del sudor de sangre del animal inferior que es el indio, que nada piensa, que nada tiene, que a nada aspira y que no balbuce el castellano porque el amo lo veda para que no pueda gritarle al mundo su tragedia secular, su agonía perpetua, el nódulo de su rastrera existencia?....

Ya no era yo mismo. Mi alma empequeñecida se agostaba como la rojiza llama del fósforo y se encorvaba, doblegada, vencida por el convencimiento de su propia impotencia. Empuñé tembloroso la quena y con mis labios torpes empecé a modular las notas de la música telúrica de mi pueblo aherrado. Los indios velaban sentados mi dolor....

3

Me ahogaba: el aire preso en el chozón había sido respirado hasta la última gota y pesaba en mis pulmones con la grosera insistencia de los mármoles de las losas funerarias. Salí boqueando a la agreste campiña. El viento, que soplaba huracanado, tocaba en el rondador de la cordillera su largo y doliente yaraví, y al pasar serpeando me arrecía. Yo daba diente con diente, sentía el afluir de mi sangre a las grietas que en mi piel tatuaba el frío, y el mareo del soroche, y el fiero campanazo de mi corazón, pero todo eso y más era pigmeo comparado con el sufrir del encontrarme adentro de la covacha maldita.

Me adherí a la tierra, humedecida por el párameo, a fin de robarle su calor y magnetismo. Sentíame roca, animal, árbol. Me enraizaba, acaso recordando mi oscuro origen vegetal, acaso atendiendo la vieja sentencia que me grita que polvo soy y en polvo me convertiré....

La fiebre — ¿sería fiebre la que me asaltó grotesca? — disminuyó por grados, y una laxitud honda y beatífica fué invadiendo lenta el contorno de mi cuerpo canijo. Era la euforia del apunarse, la entrega inconsciente que hace de la vida a la naturaleza el hombre que se halla perdido en el mar térreo del páramo, en el océano tumultuoso de su interior, y en el Pacífico espejeante de su instinto hecho idea y sentimiento. Allí, solo, era yo el humano sin la careta de los convencionalismos, enfrente del humano integral, viviente en el fondo de mi cerebro, y del humano extraño, alejado de la mentira de su raza, de su estirpe, de su comodidad y de su gloria. Yo, segregado del prejuicio, libertado de la prisión de las tres dimensiones, sin tiempo y sin espacio, hallándome encima de la Verdad fluctuante, sobre la Moral tornadiza y al lado de la Muerte inmutable, bien podía juzgar a los hombres como jugar con las estrellas, de estirar el brazo hacia los cielos cercanos y limpísimos. ¿Qué valor social tienen mis semejantes? ¿Estaremos condenados eternamente a dividirnos en pingüinos y bueyes? ¿Importa más la ambición y la avaricia que animaliza y esclaviza al hermano, que el ideal generoso de libertad, de humanidad y de belleza? ¿Seremos todos malvados en este barbárico siglo?

Imperceptiblemente, vaporosamente fué llegando a mi revuelto magín, hasta llenarlo por entero, la sombra de mi joven y gentil amigo Eduardo Ledesma de Janón. Venía tal y como lo contemplara la última vez, hacía meses: con el rostro risueño, el andar tranquilo y balanceante y la mancha perenne de tristeza en los ojos. He allí el hombre, la síntesis del hombre ecuatoriano que yo idealizara

alguna vez como el arquetipo, la esencia de la vida nacional: es humano y es sencillo, noble y justo. No la nobleza de títulos y pergaminos, sino la del alma, que es la mejor de todas.

Y lo recordé, paseándose en Quito. Allí es el árbitro del Bien y del Mal. Es hoy Ledesma lo que fué ayer Sucre: revolucionario constructor, ferviente patriota, símbolo de una época en ebullición, de un pueblo en evolución, en ascensión creciente. Acaso Ledesma se hubiese asombrado de haberse oído llamar revolucionario; mas, en verdad lo es, y en grado sumo. Revolución significa llanamente rechazo de las antiguas formas de convivencia social, aplastamiento integral de las taras que debilitan y subyugan a los pueblos hasta el punto de hacerles olvidar cuál es su misión, su sentido y su responsabilidad.

Los revolucionarios constructores sobreviven, los destructores no. Napoleón legislador, haciendo a la Francia rica en dinero y en ideas, apoyando a los intelectuales para ennoblecerla en el campo de las artes, creando las condiciones para el fortalecimiento del capitalismo, es más grande que el Napoleón militar, vencedor en Tolón y Austerlitz, en Rívoli y en Egipto. Como es superior el Lincoln libertador de esclavos, al Lincoln guerrero, aplastador del sur y la nobleza.

Ledesma es del primer tipo, y, por eso, realmente grande. Pobre llegó a Quito: no en la miseria, sino en la pobreza dorada que es la tragedia, la gran tragedia del Ecuador, que tan celosamente guarda las formas y los mitos. Está allí, fija, su raíz, su esencia americana: pobre fué Edison el genial, Ford el inventor, y Rockefeller el caritativo, aquéllos grandes constructores de sí mismos, por su honradez, capacidad de trabajo y confianza en sus propios virtualismos. Como ellos triunfó Ledesma, igual que ellos surgió pujante. Mas, cuán dis-

tintos son los casos y qué mejor es Ledesma. Es Norteamérica un pueblo, una sociedad real. Allí hay cooperación humana, simpatía colectiva, apoyo generoso para la idea, el sentimiento y la acción. El Ecuador apenas ha rebasado la etapa del clan. Es sociedad ficticia, porque no existe sociedad donde el odio, la envidia y la calumnia son los principios gobernadores, y donde el recelo mutuo, y el chismerío, y la mentira forman la base de la asociación.

Ledesma había sido mi respuesta, el sol disipador de las tinieblas. ¿Ei? No: su vida, su devenir con altibajos que lo había colocado de hecho en el animador de su época y el portaestandarte de la historia. Había llegado a Quito, al Quito de la mediodía y sacristías, y la alumbró de rojo para enseñar objetivamente que la Verdad sólo se encuentra en lo alegre, y fúlgido, y gracioso. Allí, en la tierra de los señores feudales, con horcas, cepos y calabozos, él se permitía el lujo de ser bueno, sencillo y democrático. Allí donde es de buen gusto morir donando a los conventos las fortunas, Ledesma daba en vida para que subsistan los hospitales y las Casas de Beneficencia. Por eso y por más mi amigo venía a ser en el Ecuador lo que los sacerdotes para los pueblos antiguos: mantenedor perpetuo del fuego sagrado del ideal.

Me erguí alegre. Ya podía seguir tranquilo mi camino: sabía, y lo sabía muy claro por mi amigo, el sentido alegórico de Gog y de Magog, de Ariel y Calibán, de San Miguel y el Diablo, del día y de la noche. ¡Hay que vencer a las sombras, doblegarlas, abatirlas por la fuerza! Ensillé la mula y marché, trotando por el camino zigzagueante en la montaña. Me esperaba la cumbre del Ingaloma, como a él le aguarda ahora la cima inmensa de la gloria.

EL SIMBOLO

LA ETICA FALSA

Atravesamos el páramo del Corazón en una tarde borrascosa. El granizo agujereaba la tierra morena. Las nubes densas impedían la visión y se iban formando en los hombros temblones y en las cabezas vacilantes montoncitos de nieve, que el viento ululante no dejaba crecer. Entre las breñas blanqueaban los huesos de los hombres y las cabalgaduras que pagaron su tributo a la montaña, y había que caminar pisoteándolos, igual que en la grotesca cinematografía espectral. Teníamos que avanzar, que avanzar siempre, con los dientes chirriantes, los puños apretados, los nervios gimientes. ¡Avanzar! He allí, en esa palabra sola, volcada toda la fuerza anímica, la voluntad, el ansia de vivir. ¡Avanzar! No quedarse quieto en los brazos de la muerte, que rondaba cariñosa y felina. El corazón palpitante, los músculos entumecidos, la carne esqueluzada ansiaba recostarse en cualquiera de las ondulaciones aledañas, pero el cerebro ordenaba seguir adelante, en pos de la liberación y de la vida.

Esta escena real, que está alejándose en el tiempo, se repite simbólicamente todos los días en el gran marco de la patria. Pero, cuán diferente: allí era el espíritu el que pugnaba por sobrevivir: acá es el cuerpo, sólo el cuerpo social, el que zigzaguea frenético por las tortuosas rutas de la historia. Los maestros, los conductores, los intelectuales, los periodistas, toda la plana mayor ecuatoria-

na yace sin anhelos ni fe en el borde a pico del abismo. Los libros, folletos y periódicos están cargados de amargo acibar, los discursos destinan hiel, las opiniones son dolientes y amargadas. «Estamos relajados, en disolución, en decadencia. La educación es nula, la moral ha desaparecido, el deber es un mito». Soplan aires fríos. Presentamos al mundo una visión falsa de nosotros mismos.

Acaso obedezca a un plan preconcebido. Acaso sea una posición meramente formalista, o una filosofía suicida, o un apego vil a las corrientes literarias de ante guerra. ¿Quién lo sabe? Pero, en todo caso, esa tendencia es creadora de confusión, se opone al desenvolvimiento activo de las energías nacionales, y, por eso mismo, es dolosa. Ya fué calificada en Europa de traición, traición de los intelectuales. Bien podría repetirse aquí el estigma si no fuera duro, tan duro, que es preferible cien muertes a encimárselo.

LA MEDIDA ES EL HOMBRE

Para combatir tan extraño fenómeno he ido presentando en conferencias y periódicos la semblanza de algunos jóvenes personajes vivos, algunos hechos cercanos y algunos movimientos recomendables que fuí observando en mi errar por el suelo de la patria. No quise hablar de los muertos: que eso lo hagan los otros. Me referí exclusivamente a quienes están forjando la historia de hoy, que será la razón de ser del mañana. Discurrí acerca de gentes desconocidas, de hombres de la calle, porque los incógnitos son el motor, la fuerza de propulsión de la nacionalidad. Ahora cambio levemente el rumbo y enfoco los rasgos esenciales de un jefe de edad proveya, de un conductor que silenciosamente encarna, en su vida pulcra y austeras costumbres,

una época, una casta y una clase: el doctor Leopoldo Izquieta Pérez. Es cierto que todos lo conocemos, que a diario rozamos con él: por eso, por eso mismo quiero destacarlo: el más bello paisaje, la obra monumental se hace lugar común al estar cerca.

Es un liberal de modales suaves y palabra gentil. En su casa y en el despacho fiscal donde trabaja se le ve reír a menudo, en contraste vivo y elocuente con tanto pichón de gobernante que pone en la grosería su inteligencia y en el grito su talento. Acaso en la República, y que he hecho una jira por toda ella, no exista otro de esa su característica. Para el hombre del pueblo —y yo soy uno puesto que no tengo representación oficial, ni viáticos, ni renombre de escritor, ni empleo en los grandes diarios— están perpetuamente cerradas las oficinas y ausentes o invisibles sus dirigentes. Es el portero, el amanuense de turno o el carabinero de guardia quien va a mal tratarlo o saquearlo, en su caso, si algo tiene que reclamarle al Estado. I es esta cualidad de cultura, esta diferencia de mística lo que hace que yo lo respete, a pesar de no compartir su ideario político, ni su credo religioso, ni su posición económica.

El pueblo debe convencerse de que en momentos como éste —en que parece todo en retroceso, en que el hambre golpea en las puertas de todos los hogares, en que el horizonte está rojo de cañonazos y negro de tiranías— tiene que agruparse en torno de un hombre, de una ley, de una opinión, por pequeña, por modesta, por discutible que fuera, para no perderla del todo y enajenar lo poco logrado. Si el doctor Izquieta es la antítesis, el reverso de la estampa del empleado público actual, hay que aplaudirlo, ponerlo de ejemplo, a fin de que opere en el ambiente la infinita capacidad de perfeccionamiento del ser humano integral. Ya vendrán mejores días...

LA HISTORIA SE ESCRIBE CON SANGRE

Acaso el acontecimiento que marque el punto culminante de su larga carrera política sea el haber votado en el Congreso por la descalificación de Neptalí Bonifaz. Ese rasgo de integridad, de entereza moral, le da asiento permanente en la historia. Aquél caballero es la personificación del feudalismo andino, como Nerón lo era de la aristocracia romana; y ese hecho solo basta para ser figura negra en la ecuatorianidad. Es amo déspota, tan déspota como suele serlo quien a latigazos gobierna las indiadas, y tan orgulloso que no vaciló en teñir de sangre las calles de Quito por satisfacer su rencor. El poder en manos del señor de Huachalá hubiera servido de instrumento para oprimir a las clases trabajadoras y de líquido disolvente de la nacionalidad. Si de ahí adelante ocurrió lo que ocurrió y ocurre, ¿qué habría sucedido con él, que nunca bajó hasta el pueblo para escucharle sus dolores y angustias, y que su teoría política consiste en pasear su neurosis con aire de predestinado, sin volver la vista al suelo, por los Portales de la Plaza Independencia?

Claramente lo recuerdo: fué en una noche negra, grávida de amenazas, cargada de malignos rumores. Aullaban las turbas quiteñas, enloquecidas de odio y aguardiente: las bocas de las ametralladoras impedían que arrastrasen los "impíos". Sin embargo, se votó y descalificó, porque ¿qué vale la vida y el regalo del dinero y lo muelle de una canonjía si el ideal, el ideal prístino que es la palanca mágica que mueve en triunfo a la humanidad?

LA DEMOCRACIA ESTA EN EL DERECHO

En esa vez se defendió a la democracia, a esta

enana y mísera democracia que tenemos, conseguida al precio de torrentes de sangre y montañas de cadáveres. Sí: se salvó. Porque ella es el Matrimonio Civil, el Divorcio, el Código del Trabajo, la Ley de los Hijos Ilegítimos... La democracia que tenemos, y que debemos defender airados, es la línea inicial, el sitio de partida para un vivir más humano, a pesar de sus defectos y sus vicios.

La democracia no es más que anhelo de superación, de mejoramiento. Es el derecho del pueblo a que se le respete en su dinero, su familia y su salud. Es la consecución de trato de paridad, de igualdad, con los hombres del país y con los hombres y naciones del extranjero, y no el grito mendaz ni la proclama subversiva. Eso es la democracia y eso está practicando el doctor Izquieta, probando irrefutablemente que a la patria se le puede servir estando arriba como estando abajo. Sus campañas sanitarias son las más grandes acciones realizadas en el largo todo de la convivencia republicana. Allí está el Instituto de Higiene, construido por él con dineros nacionales, y que es tan valioso que ha merecido el aplauso y la ayuda del Instituto Rockefeller, norteamericano. Porque la obra del doctor Izquieta es grande y perdurable he querido presentarlo como ejemplo al país, en esta hora de pesimismo y desaliento. Los pueblos que tienen tales hombres no mueren, no pueden morir jamás.

ALPAHUASI

¿Habéis leído los relatos pictóricos de Pierre Loti, y soñado con aquéllos sus barrios orientales donde las pequeñas casas semejan nidos zigzagueantes, albergados en los repliegues de las montañas, femeninas y dulces como avemarías? Pues son reflejos pálidos de la maravilla poética encerrada en el suburbio Alpahuasi que el Seguro Social edificó en Quito.

Yo viví en él quizá la más bella de mis horas juveniles. ¡Tarde invernal de octubre que para siempre entrastes en mi recuerdo fluyente! Paseábamos con Elba, primoroso junquillo que el huracán de la vida mala arrastró lejos de mí, asidos de las manos. En nuestro redor se erguían ufanas las villitas de adobes y tejas, que poseen la gracia de cuentos de amores, mientras que sus mujerucas limpias y rientes muchachuelos, asomados en los balcones de cristales, nos miraban mudos pasar.

Caminábamos despacio. El lila suave del crepúsculo ponía su nota galana, el rayo postrero del sol, ya invisible, dibujaba lunares dorados en el viejo Pichincha y en las moriscas torres de los templos lejanos, y las estrechas rendijas de las puertas cerradas dejaban escapar, rumorosos y tristes, algunos cantos de cuna. Elba se detuvo estremeçada y me dijo al oído con voz en que temblaban las llamas de la pasión más loca:

— ¡Cómo pudiésemos edificar nuestro hogar aquí!....

Sus palabras, cargadas de deseo, me hicieron temblar. Ella me acarició las manos y siguió hablando quedo:

— Entre estas gentes humildes amasaríamos nuestra felicidad....

Nos sentamos en las hierbas de la calle. El viento juguetón alborotaba y perfumaba nuestros revueltos cabellos, acordando dulce con el rasgueo seco de los carrizos cercanos y el llanto leve de un rondador distante. Había tanta belleza en el marco telúrico que no pudimos resistir el embrujo y caímos, el uno en brazos del otro, para besarnos con ardiente pasión. Yo, que había rodeado con mi brazo su cintura, la fui acostando suavemente en tierra, haciéndole sentir todo el peso de mi cuerpo y de mi instinto. Elba se irguió nerviosa; pero en sus ojos extraviados y en su boca palpitante leía claro que era mía. El crepúsculo adelantaba tenue, parejas de indios nos miraban asombrados, tardos bueyes por el camino fronterero repasaban y de un convento cercano, que albeaba entre cipreses y palmeras, ascendían puros y argentinos algunos cantos monjiles....

+ + +

Cuando sobre los Andes, los tiempos y el espacio regresa mi pensamiento a tan florido rincón, me esfuerzo en apartarlo de la imagen de la amada perdida y lo vuelco sobre los obreros incógnitos que en esas casas risueñas albergan su alegría y su melancolía. Entonces mi espíritu lentamente se embarga de futuro: veo que allí tiene el pueblo, tallada en piedra y en tierra calcinada, la poesía de su libertad. ¡Ah, Pedro Hidalgo González, constructor de esta barriada, qué gran lección de cultura y democracia has dado al Ecuador y a la América, sin alardes ni palabras!....

DOS CAPITANES

1

Con rotunda y brillante frase definió a Clemente Yerovi Indaburu, ha poco tiempo: "alma de aventurero y de pirata"... La calificación, que en realidad determina su característica racial, es, al mismo tiempo, su mejor elogio. Esta es la clase de hombres, que grandes para el bien y para el mal, jalonan la historia, derriban las murallas de arraigados prejuicios y abren cauces nuevos para que se desborden impetuosos los anhelos oscuros de la palpitante humanidad.

Yo suelo preguntarme, para convencerme de la verdad contenida en mi tesis, ¿qué habría sido de la América sin el Colón batallador e inquieto, sin los embozados caballeros castellanos que en las tenebrosas esquinas recruzaban las tizonas por la bolsa y por la dama, y sin los bandoleros galantes que en las Alpujarras diezmaban a los cuadrilleros soplones de la Santa Hermandad? ¿Qué destino habrían tenido el bravo Pizarro, el soñador Orellana, el Cortez elegante y Almagro el fiero, al no emigrar de las aldehuelas serranas y modosas de la España católica e inquisitorial? ¿Habrían escogido la senda estrecha de la cogulla y el hábito, o el ancho camino de las cuchilladas y salteos? En todos estos casos la herencia estructuró el fondo, y el ambiente y el tiempo formó y personalizó a los hombres, repitiendo en gigante el proceso trillado de la tierra, el alfarero y la estatua.

Clemente Yerovi no es, no podía ser la excep:

ción. Tiene en su sangre bullente y en su temperamento inquieto la semilla de la raza española brava, hecha para deshacer mitos y crear mundos, y la hoguera de la herencia chimú, insojuzgable y altiva, que en las oscuridades de la prehistoria integrara el legendario imperio que iba desde Trujillo hasta Guayaquil. ¿Por qué, entonces, quiso ser marino, en una tierra sin barcos, en un pueblo de índole sedentaria? Es que la fuerza ancestral lo llamaba y tenía que ser Adelantado de algo, de algo que ni él mismo sabía. Los hombres marchan así, a tentones, renovando la alegoría bíblica de que al principio era el caos....

Cuando se encumbró de súbito a los escaños directrices del Banco Hipotecario del Ecuador, por ese golpe de suerte de los pueblos, encontró con pena que nada había en su redor. Todo estaba por hacer. La agricultura costeña, en manos de los pelucones diplomados que fincan su habilidad administrativa en las intrigas nocturnas de los clubes sociales, estaba casi muerta. El dinero, que debía incrementarla, evaporábase entre el póker, la pinta y los brazos desnudos de las rameras en moda. Allí fué cuando el capitán frustrado, el fracasado almirante, halló su verdadero destino. El, que había rozado con el pueblo al surcar los ríos coloreados de manigua, que escuchó el clamor de la selva grávida, timoneó hacia el cantil tonante y allí ancló, frente a la tormenta. Ya no se iba a jugar con los dados la suerte de los campesinos: eran los campesinos los que en adelante echarían los dados de la suerte.

2

Al recordar estos hechos, cercanos en el tiempo, y cuyo proceso de integración social-económico no concluye todavía, preséntase indeleble a la memoria la figura de ese otro gran personero de las fuerzas revolucionarias ecuatorianas: V. E. Estrada.

Tiene también el alma combatiente, tiene también la explosiva herencia de los conquistadores, y es también, por ironía perversa, capitán frustrado...! Bravo oficial de los tercios de infantería que acaso más de una vez endureciera el pecho para resistir los balazos de la enemiga hueste! ¡Coronel honorario de las milicias del Guayas! ¡Patriota audaz que escribió en un libro cómo debiéramos defendernos de la invasión extranjera, para rubor y vergüenza de los sargentones huidizos de Quebrada Seca y Carcabón!

V. E. Estrada es el capitalista progresista que aspira a ensanchar el mercado nacional y a civilizar y libertar a los pueblos, tanto para su particular beneficio como para servir al interés colectivo. Es demócrata, tipo Roosevelt, apoyador de las clases medias y defensor del proletariado y la artesanía, cuyo lema y política es: trabajo abundante, altos jornales y moneda con mucho poder adquisitivo. Estrada, máximo representante del capitalismo industrial y del comercio importador costeño, es, naturalmente, el enemigo declarado del feudalismo andino y del latifundismo criollo. No pueden coexistir estas dos fuerzas —la una evolutiva creadora, la otra regresiva— en un punto determinado de la historia, sin trabarse en duelo mortal. Esta, manteniendo ignaras y en la inopia a las mayorías campesinas, por intermedio de la esclavitud disfrazada del huasipungo y concertaje, lógicamente ahoga a las minorías obreras que no pueden combatirla con éxito. Y aún cuando en las zonas esencialmente agrícolas se propague el industrialismo, éste adquiere forma feudal: jornales misérrimos, jornadas mínimas de doce horas y castigos corporales, que ningún Código ni autoridad alguna puede refrenar. ¡Yo lo he visto!

Pero la escuela de Estrada —liberal intervencionista en la forma, social demócrata en el fondo—

por su misma pugnacidad con el latifundio llega, en el proceso de la lucha, a encararse con la campaña toda y a absorberla. Es la ciudad contra el agro, fenómeno observado ya hasta por la Economía Política clásica. Empobreciendo al campesino abarátase la materia prima y se consiguen jornaleros humildes... mas, se debilita la base misma del sistema en que descansa la arbitraria estructura capitalista. De ahí que el papel de Yerovi, al devolver al campo y al trabajador campesino su potencial secular, complementa de hecho la labor altamente benéfica y civilizadora de Estrada. Ambos, combatiéndose o apoyándose, devuelven al Ecuador su antigua riqueza y crean las condiciones para que éste, en futuro cercano, dé el paso definitivo en su liberación integral.

ESTAMPA

Tú, Jaime Castellanos, más que hombre de vida regular o asendereada, eres serenata perpetua. Las innúmeras teclas de tu abejucado y larguísimo cuerpo se mueven al conjuro mágico de las ilusiones y emiten paradójicamente todas las notas: las jubilosas ante el tintineo sonoro de las febles moneditas, las punzantes al trajinar por los chaquiñanes de la mala suerte, las graves si te encuentras en las encrucijadas mercantiles y las dulces entre las chullitas pazguatas del Quito catolicísimo del 43. Si, Castellanos: en la medida en que te pienso me convengo del valor de tu existencia filarmónica.

Te hicieron raro, contradictorio, extraño: se diría que eres bárbaro coctel. En la inmensa bolsa de tu terno crema debieron de haber metido a Miguel Servet, al corajudo, discutidor y fanfarrón Servet, echaron gotas de sangre africana y en ese contenido hirviente batieron tu gran herencia indígena. Salistes, no colombiano, sino hombre del mundo, del mundo rebelde, con vicios y con virtudes. Fiero, severo y complaciente: a ratos serio, a trechos combativo, comúnmente poeta... Tú, Jaime, sin soñarlo ni saberlo, eres el más puro y cristalino poeta del latino sentimiento. Te extasías bajo el claro de luna, te encantas frente a la maravilla de un cuerpo cimbreante, enloqueces al lado de la jícara con negro y espumoso chocolate. ¡Alma de Jazz-Band, que tanto chapurrea el inglés, como encaja la lengua a la francesa, o vierte en castellanas crónicas todo el lírico acento de su tronco ancestrall

Porque eres multifásico no te moldeastes nunca en el formalismo férreo de alguna profesión, y vives, igual que los pájaros cantores, espigando alegre las campiñas áureas, revolando airoso sobre lagunitas quietas o escalando los cielos en orgullo inmortal. Ora vistes la casaca dorada del estratega de cafetín, ora te acomodas la toga, ya usas el birrete de los elegidos; o enseñas el parche de los revolucionarios marxistas, o anudas tu corbata de don Juan de ocasión. Como eres curioso eres hábil reportero, el único reportero de esta ciudad sin escándalos, sin duelos a la luz de la luna, sin crímenes folletinescos, ni danzas de cabaré. Sólo están en moda los adulterios consentidos y las violaciones en los zaguanes, y lo sabes todos: es tu especialidad....

LIBRO DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR

EN TORNO DEL CHIMBORAZO

Esta región, que quizá ofrece el diorama más bello del globo, con sus hileras de nevados picachos tornasol, azulísimos celajes y orgullosos y pétreos paredones, es árida y reseca. En sus altos heleros nacen muchos de los grandes ríos americanos; pero al partir el agua desde inverosímiles alturas, siguiendo cauces rocosos, niega al profundo valle su poder fertilizante. Al pisar este suelo, plagado de pajas céreas, elévase un coro de alaridos de naturaleza muerta. Las arenas conservan poco tiempo las huellas de los rebaños trashumantes. El viento ulula triste: semeja rondador lastimero cuyas notas desgranadas se alargaran en el tiempo, afinándose en la llanura desolada. Está ausente aquí la filosofía del Devenir y viva la del Ser inmutable. El mestizo carece de sentido telúrico: el indio forma parte del paisaje, y es triste, con la tristeza ancestral de los esclavos. No es: existe. No trajina: reptante, lentamente. ¡Copia fiel del rupestre escenario!



Graniza de largo en largo y el páramo se cubre por días con la mortaja del hielo. Casi no se lo ve, perdido en las raíces de los pajonales, pero el frío machetea las carnes espeluzadas. El indio, que habrá de majar el lodo de los adobes, que tiene que recoger el ganado que pasta en las ríspidas laderas, que teme perder la escasa cosecha de su huasipungo, lograda a fuerza de sudores en los repliegues al socaire, sale tímido, como en los oscuros tiempos de sus abuelos sin historia, para apla-

car a los dioses malos de sus planicies yermas. ¡La catolicísima iglesia no ha podido hasta ahora quitarles sus resabios!...Y en procesión dolidas y largas los anacos rojos y los ponchos azules ganan la cercana planicie y en ofrenda votiva, mísera y ardiente, dejan escapar cuyes y conejillos. Los ampara el inclemente páramo: los envuelve el humillo impalpable de la niebla....

+ + +

En las aldeas se acostumbra entregar al cura de la parroquia toda joven indígena casadera solicitada en matrimonio, para que éste la adoctrine y compruebe que ella conoce a fondo los deberes conyugales. El traspaso se efectúa públicamente, mediante ceremonia especial: por un lapso de ocho o quince días pasa la elegida a ocupar pequeño rincón en el soleado convento. Como de la omnimoda voluntad del prelado depende el acortar o aplazar el noviazgo, que allí suele durar muchos años, la novia aduladora teje y zurce cuanto ha menester la Iglesia del lugar, y aun dicen las viperinas lenguas que entrega al sacerdote, para probarle lo grande de su amor, el cofre maravilloso de su doncellez....si acaso el patrón despótico no se lo hubiera arrebatado con antelación. Parece que esta costumbre es un trasplante del famoso Derecho de Pernada, muy en boga en la Edad Media, y, como éste, bien puede permutarse con dinero o especies. ¡Tributo, bárbaro y grotesco, a la feudalidad!

LA LECCION VIVA

Me estiraba y revolvíá displicente sobre el asiento mullido de ese compartimiento de primera del Ferrocarril del Sur, que me había apresado en las últimas, tediosas y largas doce horas. El paisaje, familiar por lo trajinado, no atraía mi atención: larga hilera de cerros, envueltos en desdibujantes nieblas, chozas pajizas, negruzcas y humeantes, uno que otro poblacho blanquecino y allí el desesperado pregonar de los vendedores de carnes y chucherías. Mis vecinos, que podían contarse con los dedos, o dormitaban, o bisbiseaban, o jugaban a las cartas en lentas partidas. Era una taifa rala que no llenaba el vagón: dos curas, cuatro señorones tiesos, damiselas modosas y rozagantes mancebos, muy ocupados en bostezar y desperezarse sonoros. Yo me aburría.

Por las cercanías de Ambato hubo un arremolinamiento pintoresco de indios, que corrían a nuestro encuentro, billete de segunda en mano. Mucho antes que la máquina se detuviese, ya la horda asaltaba los andenes, trepaba por los costados al techo y se iba acomodando hasta en los más ínfimos rincones y recovecos de sus carros. El forcejear humilde acordaba con el resbalar suave de los pies desnudos y el batir de alas de sus ponchos lanosos. Semejaban, entre las sombras borrosas del crepúsculo violeta, fantasmas boyunos. ¡Tal era su mansedumbre!

Como el espacio para ellos asignado les fuera insuficiente, algunos abrieron la portezuela del vagón en que yo iba y en el boquete angosto se fue-

ron acuclillando, entre sus bolsones de trapos y guturales y primitivas charlas. Mis compañeros de primera protestaron por el desacato, tanto más alto cuanto más tiempo pasaba. Los conductores y porteros desatendían el reclamo y, apresurando su marcha, desaparecían por los ya oscuros andenes.

Corría el rumor de que en coche especial viajaba el Presidente de la Compañía, y allá se fueron los quejosos, con sus chismes y lamentaciones. Adelanté también yo, el curioso irremediable. Don Luis Cordovez Borja era blanco, y tenía casi rubios las cejas y bigotes. Vestía irreprochablemente y en sus gestos lentos y cortesía espontánea renacía pujante el caballero antiguo, legendario y cordial, de la castellanía. Respondió amistoso y dulce:

—¿Qué mal, qué perjuicios les ocasionan los intrusos?

Lo increparon a coro:

—Protestamos, por la venta de boletos, mayor que la capacidad del tren.

Sonrió irónico, midió a los airados circunstantes, y repuso galante y seco a la vez:

—Creo que todos necesitan llegar.

Embistióle un vejete, desabrochándose el grueso abrigo para dejar entrever sus muchas condecoraciones:

—Debió de haberse aumentado un carro....

—Lo había pensado así.... Pero no sé de dónde importarlo en este tiempo de guerra.

Cordovez gesticuló burlesco:

—Si tiene alguna idea....

—¡Acomódelos en una jaula!

—No son animales....

El provector señor gritó, enhiesto el puño:

—Yo pago mi plata....

—Ellos también, y más. Son mayores en número y traen carga.

Como todos refunfuñaran a un tiempo y el to-

no se hiciera más combativo, irguióse adusto, dejando caer sonora y grave la verdad de su palabra:

—Ustedes van en busca de goces. Del paseo y la comodidad del fin de semana: los indios viajan para vender lo que trabajaron, que es la comida de ustedes y del pueblo.

Alguien le gritó desde atrás, con violencia:

—¡Abogado de la canalla!

Volteó las espaldas con ademán de príncipe ofendido, abrió la portezuela de cristales y se perdió lento entre las sombras mudas. Su comentario último alejábase con él:

—Si pudiese, racionara las idas y venidas inútiles de estos presuntuosos....

Tanto fué el gozo que me produjo esa insólita, grande y práctica lección de humanidad y democracia, que eché a correr loco por entre la fila asombrada para ser el primero en noticiar a los guardias que las plebes seguirían sin molestias. Luis Cordovez representó, con ese gesto muy noble, al Ecuador Nuevo, a la patria integral de todos y para todos, que nosotros, sentimentales poetas y soñadores ilusos, cantamos y anhelamos. El pueblo se le había adentrado en la carne y él, encendiendo su lámpara, marchaba adelante, enseñando el camino de la bondad y la justicia. Abrí la ventanilla: en el cielo negro un lucero de plata titilaba solitario su luz diamantina: casi creí que era Cordovez, el caballero andante del ideal nacional. En el asiento frontero dos seres asexuales repetían con lenta isocronía:

—¡Qué fiero el Presidente!.... ¡Qué fiero!....

LA MISTICA DE UN POETA

Alguna vez pensé mostrar a la faz del mundo americano la personalidad absorbente de Abel Romeo Castillo en su triple faceta de historiador, de poeta y de cronista: lo pensé y lo intenté vanamente. Su obra, frondosa, rica en contenido de belleza, no puede aprisionarse en una sola y audaz crónica. La poesía, el rumor de su poesía, tiene la majestad sonora de las viejas fuentes que cantan amores bajo umbrías arboledas, y su eco, pagano y sensual, despierta en los corazones no se qué vagas y místicas tristezas. ¿Cómo asir a este poeta en toda su plenitud, si la añoranza térrea, presente en la cadencia de sus versos de moderna factura, nos absorbe y posee con la fuerza de atracción de los viejos monumentos inmortales?

Castillo no es el poeta de una generación, ni el cantor de un hecho transitorio: es el alma, la forma de su pueblo, el espíritu de la raza huancaivilca que sabe alentar soles y acunar torbellinos. Abel Romeo, elegido oscuramente por las fuerzas ancestrales, es el arquetipo de la historia guayaquileña: allí está su sangre marinera, su amor al paisaje lejano, su ansia de ventura y aventuras:

—«Nadie sabe como yo
lenguaje de los pañuelos
agitándose en los muelles
sacudiendo el aire, trémulos!»

Esa es la confesión, la desnudez de su interior cambiante. Esa es la voz pura, la voz que define las cosas profundas, las ideas vivientes en el subconsciente del alma costeña. ¿Quién no sintió el

anhelo de navegar por la mar azul, coronado de espumas. cual pagana deidad? ¿Quién?

Su libro, su libro recio, no se llama en vano **NUEVO DESCUBRIMIENTO DE GUAYAQUIL**: en realidad, el hombre de América se encuentra a sí mismo cuando está lejos, vagando en las calles pulidas de ultramar. Porque es distinto del grupo circundante, porque se halla primario y selvático y se sabe él, él, hasta el fondo del ser. Entonces regresa la mirada al rincón natío, al espacio fúlgido que dejara, y por primera vez lo descubre luminoso y pujante. ¡Claro! Si es su mismo Yo extravertido:

—«Entonces supe por mí
que era de esos linderos».

El tono, el verdadero tono de la lírica de Castillo, acaso se lo encuentre en la tristeza secular que manan sus versos de la muerte: tan suave, tan suavemente nos lleva de la mano por las nebulosas del perpetuo silencio que repentinamente estamos tronchados, transidos de eternidad.

«—Aquí estás, roca inerte, tú que fuiste blandura».

El «Tránsito y Gloria de Olmedo» parece una transposición del Viejo Testamento; aquel libro antiguo y salvajemente humano. No es rima: es súbita iluminación. Se cree estar viendo correr el carro de Elías y entrar en el Cosmos, entre nubes y nostalgias, llevándose el alma de la tierra yacente.... Acaso yerre yo: esta es voz americana y quizá no sienta en toda su hondura aquel lejano pasaje de la borbotante humanidad: es americano y, como tal; debe de estar en la raíz de sus nervios, en su entraña rebelde, la imagen de Rumiñahui hundiéndose en los Llanganates, con la pujanza del incario y el blancor de su religión solar:

“—Hay un terrible silencio
que perdurará en los siglos....”

DON RAMON

Al leer el sugestivo titular podría creerse que me asiste la intención de echar un palique sobre el orgulloso y enamorado señor de las barbas de chivo: no hay tal. Es a otro español, tan españolazo como el Cid y tan aventurero como el Quijote, a quien voy a retratar física y psicológicamente. Por cierto, en fugaz instantánea.

El día que lo conocí, don Ramón González Artigas rodaba en elegante, elegantísimo automóvil celeste. Es «omoto», magro, blanco, de mate blanca. Contrastaba su color saludable con la rojez enfermiza de los indios porteadores que corrían para calentarse a lo largo de las aceritas, alumbradas por el sol matinal, que en este Quito dora sin sentirlo. Era una de esas mañanas capitalinas, propicias a la evocación y al ensueño: ponchos que azulean fugaces, anacos que se restriegan, casas ensombrecidas, ancianas meditabundas que con andar de llamitas repasan las cuentas de un rosario hipotético, todo el dulce embrujo de esta villa colonial me abstraía y me absortaba. Y recordé...

.....
Cuando bajó del tren, hace muchos años, debió estremecerse de asombro don Ramón. La ciudad sesteaba en su ahitamiento y aislamiento de siglos. El hondo y cruel silencio pesadamente la envolvía. Don Ramón dió algunos pasos trémulos: acaso creyó que entraba en un poblacho perdido, abandonado entre las breñas de los rugosos Andes. Algún viejo y funéreo coche rodaba maldiciente sobre los guijos negros.

Si el tren regresara de inmediato, él se hubiese vuelto hacia la costa. Hombre hecho para las aventuras de Castilla la vieja, para las trepidaciones de Asturias y las tempestades atlánticas; que había venido visitando la recién industrial Argentina, el entonces minero Chile y el Guayaquil marinerero, no cabía, no podía caber en este convento secular. Pero el tren estaba allí, inmóvil. Encogió sus hombros y se arrojó en brazos del destino.

Quienes lo vieron pasar comprendieron instantáneamente que ese personaje extraño venía a triunfar. Estaba predestinado. No era la predestinación metafísica de que hablan los poetas: era la natural, la verdadera, la que nace espontáneamente en el espíritu del viajero, que puede comparar con otras tierras y con otros hombres el espacio télúrico que visita.

El lo vió todo, acaso con su mirada primera. Aquí habían algunas fábricas de tejidos, que manejadas con el antiguo criterio feudal, producían poco o nada. Hilaban tan sólo, imbuídas del concepto patriarcal, para los de casa, para la provincia, y para que los señores guardasen bajo los retablos churriguerescos que ornaban sus alcobas las moneditas relucientes que avaramente retiraban de la circulación. Habían también grandes masas familiares: el jornal de «a calé» mantenía esclavas y, al tenerlas sumergidas en la ignorancia, retrasaban, contenían la marcha del país.

Acaso las burbujeantes fuerzas ancestrales gritaron en sus arterias; acaso el Pizarro valiente y conquistador se apoderó de él. ¿Quién lo sabe? Si fué ese u otro móvil, lo real fué que se quedó y con él el nuevo espíritu del mundo. Adquirió una de las perezosas e incompletas factorías y, a poco, trabajaba a todo vapor. Luego adquirió otra y otras. La cordillera se estremecía espantada y el claro azul

de este cielo maravilloso se manchó con el negror espeso de los humos turbadores.

He aquí el milagro. ¡El milagro en este escéptico siglo veintino! Los señores, los grandes señores de escapulario y mirra desperezaron, y sea por espíritu imitativo o para derrotar al intruso, trabajaron también. La sierra se hizo en poco tiempo emporio de riqueza. Los hombres y las mujeres, subyugados por siglos, encontraron su válvula de escape, y hasta la costa vió prosperar sus algodonaes y sus campesinos.

.....

Cuando lo ví pasar esa mañana, iluminada la faz con la sonrisa cordial que lo acompaña siempre, pensé en que lo mucho que le debe mi patria —y la suya hoy también— lo salva para el infinito del olvido. Puede que hayan algunos que apunten sus yerros, yo señalo sus aciertos. Es el balance, el balance total de mañana, el que dará la razón a quien la tenga.

GERARDO MEDINA, CONSUL AD-HONOREN

EL RUMOR

Tuve noticias de la existencia del «Cónsul de Guayaquil», mucho antes de conocerlo en persona. Su historia e identidad me eran familiares, por haberlas escuchado con asiduidad legendaria en los corrillos burocráticos porteños:

—Cuando se fué ya era buena persona...

—Escríbele al Cónsul y, de fijo, te sostienes en el empleo...

Este nombre de Cónsul no era mote: más vale habría podido calificársele de título, y como aquí las preseas oficiales se disciernen sin discrimen ni exámen, éste, que era popular, venía a ser el más honroso de todos.

EL ENCUENTRO TEMPRANERO

Lo conocí en 1936, cuando me aventuré a salir del lar nativo en busca de goces, de esos goces inasibles que me enfrentaron y delimitaron mi destino. Yo estaba entonces en mi primera juventud. Los paisajes nuevos que encontré, telúricos y humanos, me deslumbraron, me absorbieron, me crearon esta personalidad trashumante, nómada, que hace que no me sienta feliz en sitio alguno, sea éste brazos de mujer, salón en moda o transitada y bella ciudad.

Viajaba por las sierras tal y como viajan los

hombres de pura estirpe guayaquileña: pleno de orgullos y rebosante de superioridades. Quienes nacen en la pampa y crecen zabulléndose en las aguas limpias de los ríos gigantes y del mar infinito, se sienten muy encima de los hombres rupestres que resbalan cansinos por los valles angostos y las térrreas rajaduras, que son como arañazos en la elefantina piel de la cordillera. Lo uno es la libertad y lo otro el fatalismo de la prisión geográfica.

La curiosidad me llevó a Gerardo Medina. Mas no lo conocí como hombre: lo entreví empleado. En Quito el burócrata posee una personalidad dual: la de la oficina, hecha de zalemas, cortesías y frases hechas, y la de la calle en donde su carácter desborda con la espontaneidad de lo naturalísimo. Como era la época de mis vacas gordas, casi lo olvidé. Su figura regordeta, su hablar reposado y su amistad superficial era igual en todo a todos los hombres que por mi vida cruzaron...

RETORNO

Volví a Quito años después. Ya no era yo el mismo. No encontraba azul el cielo, ni rientes las torrenteras, ni cantarinas las fuentes. El paisaje yacía adusto porque yo estaba serio, funestamente serio. En mis curvadas espaldas se posaban las pesadumbres y en mis piernas enjutas el polvo de muchos caminos levantaba su costra renegrida.

Quería la paz: la paz de una casa, de unos hijos, de unos besos de mujer amante; la dicha, en fin, en la que no me había detenido a pensar jamás. Imaginativamente qué fácil parecía conseguirla, y, en realidad cuán lejos estaba. Mi fortuna, mi menguada fortuna, yacía exhausta. Se había quedado gastada en la montaña, allá donde el cauchero y el árbol sangran al juntarse en su cópula salvaje, y

en las ciudades grandes, aortas del mundo, y en los villorrios pobres que al pasar nos dejan el sabor amargo que tienen los olvidados y malditos cementerios conventuales.

¿Qué quedaba de mi vida viajera y alegre, de los libros leídos y escritos, de las conferencias dictadas y oídas, de los conocimientos por mí avaramente atesorados y de las mujeres que amé? ¡Nada! Sólo el recuerdo, vago e indeciso: algunos álbumes amarillentos, notas corregidas aprisa, el rumor ya lejano de los aplausos y palmeos, y los recortes deshechos de algunas crónicas breves que vivieron horas en los pequeños y grandes diarios del Ecuador y de América. Todo —¡ay!— estaba muy lejano. Acaso alguien, al paso, me atribuyera inteligencia o me llamara «maestro»; mas eso, ingrávido, ¿vale algo aquí?

ASI ES MI PATRIA

En los días, en las semanas, en los meses subsiguientes me hallé frente al vacío absoluto. No pude siquiera arrimar el hombro a la simbólica tarea del Sisifo mitológico. Este trepaba la montaña en inaudito esfuerzo para contemplar con ira cómo su labor de la noche se deshacía en segundos: yo tenía que arrastrarme al pié, cansado de arañar el granito de la falda lisa.

Sólo ansiaba trabajo y descubría con espanto que los empleos ecuatorianos no habían sido hechos para mí. Fueron creados para los amigos, recomendados, agnados, cognados y figurones. Para todos, menos para los libres, menos para aquellos que en vez de irse al club afrontaron el ancho mundo de las angustias y los pesares.

No era la tragedia moderna de la Ciudad Nueva. ¡Ni se le parecía siquiera! Aquí resucitaba pu-

jante la mística de la Edad Media sombría, sobrevivía hosca el alma feudal, usuraria, que busca sólo el amontonamiento del dinero brillante en los escondrijos traseros de los carcomidos retablos coloniales. Que el pueblo, que el paciente vulgo muera, como se muere, de inanición, ¡qué importa!

Esa etapa, que viví crudelísimamente, fué la noche, la noche infernal de mis congojas. En mi redor golpeaba la tormenta su latigazo siniestro, rugían los elementos desatados y la humanidad parecía sorda, ceñosa, cercada por las murallas chinas de los odios y egoísmos. Empecé a dudar de las cosas, de los hombres, de los dioses. Agonizaba mi optimismo, ese mi loco optimismo que me hace ver cisnes en los patos, cuando volví a encontrarme con Medina. Era la antítesis del mundo circundante, tenía la postura del maestro humanista que con su ejemplo señala la ruta del deber y la justicia. Y en sus palabras cargadas de esperanza, y en su vida de dación perpetua estaba aposentado el hombre, el hombre real, el hombre de todos los tiempos, que siente, que ama, que palpita, que lucha por la humanidad de la humanidad... En verdad, era el Cónsul de Guayaquil y del mundo.



Cuando retorné sin dinero, sin empleo, y con el peso muerto de mis pasadas glorias a mi Guayaquil provinciano, lo hice alegre: Medina había encendido de nuevo y para siempre mi lámpara de soñador, de poeta de la vida y de la lucha. Y esa riqueza interior no puede, no podrá agotárseme jamás.

LA INTERROGACION PERPETUA

Siempre que se cruza en mi camino la figura elástica de Jaime del Hierro me aflora desde el subconsciente con fuerza de obsesión aquella vieja pregunta que embargara por siglos a tantos sabios famosos: ¿Es la filosofía el conjunto de axiomas, postulados e hipótesis que ha ido recogiendo la secular experiencia o es, por el contrario, solamente la actitud arbitraria del hombre frente a su propia vida? No sé cómo resolverlo discursivamente para mi beneficio particular, y los argumentos que locamente amontono en ese instante se van diluyendo con el paso de los días; mas, siempre que recuerdo a este amigo pienso con tristeza y envidia que acaso él sin tantas lucubraciones y disquisiciones quizá haya dado naturalmente con la clave. ¡Y tiene que ser así! Es mocete de sonrisa fácil. Su cuerpo recio, algo chonta, al caminar se bambolea con la majestad señera del árbol en la selva, haciendo vibrar sinfónicamente sus nervios de toro, fuertes y bien estriados. De no ser éstos así, ¿cómo podría mantener su serenidad impecable y su apostura gentil en esta ciudad vieja con sus embates fatales?

Esta pregunta de filosofía se fijó en mí con fuerza de imán al encontrármelo en la Plaza de Santo Domingo cierta mañana quiteña. No fue chispazo sino deslumbramiento. Jaime se había detenido en el ángulo que hacía la vieja iglesia con el arco medioeval que sombrea las callejuelas de la alegre Mama Cuchara, y como vestía ropa azul cielo —uno de los tantos ternos de colores raros que posee— y zapatos de gamuza, y clavel en el

ojal, venía a ser el contraste más elocuente, el ejemplo más vivo de lo que es y significa la vetustez y la modernidad. La piedra sillar acordaba con el ascetismo hosco y la mística de tumba de los antepasados, mientras Jaime del Hierro hacía de arquetipo del frívolo existir de la juventud. Aun más, no sé por qué raro sortilegio él sonreía y, al hacerlo, la línea oscura de su bigote dibujaba en su cara alargada de hombre moreno toda la cínica felinidad del prepotente mestizaje. En cambio, por su lado recruzaban los ponchos rojos y los gestos humildes de los ex-hombres de la raza maldita. Y por si fuera poco aquella visión, digna de ser plasmada en algún cuadro inmortal, Jaime portaba bajo el brazo en pasta roja un libro filosófico. Hegel talvez, quizá Fichte. Me fuí pensativo: ¿cómo podían amalgamarse así, naturalmente, las épocas, las culturas y las gestas en un espacio determinado, en un cuerpo y en un alma? ¿Qué valor social, ecuménico, y que proyecciones futuras desplegarán éste y los hombres como éste en el mundo libre, que estamos forjando con nuestro dolor y nuestra angustia? ¿Estará la verdad en la actitud del hombre frente a su propia existencia? ¡Ay! Este mi amigo Jaime me ha desgraciado para toda la vida. ¿Cuántas han sido y cuántas serán las noches de vela que tendré por esa lección que me dió?

EL MAESTRO

ALLA, EN LA PROVINCIA....

Fué en una de las pequeñas, bellas y claustrales ciudades andinas donde conocí a este personaje de cabeza de poeta y modales de príncipe. Trajinaba por las callecitas soladas de galgas con la mirada perdida: parecían estar prendidos los paisajes lejanos y las azules ensoñaciones en sus claras pupilas café. Miraba su ir y venir displicente, tan discordante con el amaneramiento del provinciano, con alegría: con esa alegría pueril e ilógica de los descubridores intuitivos que se han dado de pronto con un hombre nuevo, con un panorama espiritual de riscos y peñones. No era el llano, perpetuamente igual: era la cordillera con huracanes, soles y tempestades.

Yo estaba por aquél entonces en una calma chicha vital, en un paréntesis de descanso, raro en mi existencia, y me dí en observarlo: siempre me gustó el diorama. Los hombres, las cosas y sus relaciones pasan cambiantes ante el reflector del pensamiento, mientras el espectador permanece a la sombra, ignorado y gozoso. El personaje de mis experiencias se llamaba Pablo Thur de Koos, acababa de llegar de norteamérica, y, como todos los que vienen de placibles lejanías, andaba un poco desadaptado, un mucho inconforme. Es la pugna de dos medios antagónicos: la despreocupación colectiva y el chismerío conventual: el trajinar fragoroso y el perpetuo silencio: la movilidad y el estancamiento.

Quizá él sufría. Acaso como una herida sangran-
te sus nervios al rojo entonaban las elegías de la
añoranza. ¿Quién lo sabe? Pero, en todo caso, pa-
seaba su spleen y su melancolía por las callecitas
umbrosas, perfumadas de eucaliptos y alelies. Y, lo
que es sacrificio, mezclábase con esos sus amigos
extraños y pueriles que no entendía, que no com-
prendería jamás. Es allí, en ese instante crucial,
donde surgió el maestro: los hombres de raza, de
fibra dura, siempre tratan conquistar, domeñar, con-
vencer. Y ya que no pueden retroceder, tratan que
los demás asciendan hasta ellos. Fué profesor del
Colegio Maldonado y deben de haber sido para él
largas y tediosas aquellas clases bajo un sol
que no es sol, entre el frío matinal y las nieblas y
las lluvias de las tardes. Nos separamos sin amis-
tarnos: el destino volvía a empujarme y tenía que
andar, que andar....

COSECHA

Volví en una mañanita de oro, de sol y de le-
yenda a esa ciudad conventual: nada parecía haber
cambiado. Allí estaba perpetuo su plano irregular,
sus casitas blancas, jardinillos rientes y naturaleza
sinfónica. Los pinares emergían de las quebradas
oscuras y agitaban como hogaño sus copas musica-
les. Sin embargo, había un algo, misterioso y sutil,
flotando como niebla sobre la cordillera. No eran los
mismos los hombres. Ni las mujeres tampoco. Había
más vida, más alma, más trajín. Ya se veían jóve-
nes parejas de enamorados paseando bajo los em-
parrados de las quintas lejanas, no se encontraban
ancianos con verdes levitones y las pudicas manolas de
mantillas y bordados ya atisbaban por los balcones
el paso de sus galanes. La vida administrativa es-
taba en manos de la juventud y en pleno enfllore-

cimiento. Es que el maestro había regado a dos manos la fresca semilla del ideal, del nuevo ideal de la vida. Thur de Koos, predicando con su palabra suave y su ejemplo señero, vivificó, hizo fructificar esa tierra eriaza que yo, inutilmente, buscaba. Pero, ya se había ido. No comprendió lo que dejaba atrás, no entendió la revolución que había producido, como el fuego no recuerda la ceniza, la destrucción, la pureza que envuelve. Yo, el extraño, si la veía, y entonces creció en más de un punto mi admiración por él.

LAS DUDAS

—¡Si son intolerables las trabas que nos imponen!....

—¡Es imposible comerciar con tantos papeleos!....

Estas y otras parecidas y más duras exclamaciones fuí oyendo a mi paso por las frías o soleadas ciudades ecuatorianas. Era un coro dolorido, un reclamar angustioso que parecía surgir de la entraña misma de un pueblo sin comida. Mi oreja se había hecho grande como un edificio para recogerla, porque yo también soy pueblo y también a mí me atenaza el hambre y la sed físicas. Iba guardando aquello que parecía odio latente en mi morral de andante peregrino: acaso alguna vez me sirviera para afrentar al hombre o a la casta que robaba así la dicha nacional.

En Quito estaba cerrada la tempestad. Parecía que todas las fuerzas vivas se aprestaran al combate y que un puño gigante se disponía al aplastamiento del infractor, del subyugador de la vida colectiva. Acaso por un instante pensé hacer causa común con ellos: si era uno y los otros muchos, los muchos habrían de tener la razón. Pero el pensador siempre

está sobre el combatiente y aquel tenía que reunir todos los elementos de juicio precisos para la acción. Y averigüé:

— ¿Quién es ése Director de Prioridades?

— Thur de Koos....

— ¿Thur de Koos?....

¿Podía ser aquél maestro, aquél revolucionario inocente el culpable de tales desafucros? ¿Debería arrancarme del fondo de mi pecho, de lo profundo de mi subconsciente, como hierbas malas, los pensamientos, los recuerdos hermosos, los ideales nobles que fuera recogiendo a lo largo de mi trajinar vacilante?

LA VERDAD

Sin embargo, nada de eso ocurría: es que cierto sector de la prensa nacional está orientado en beneficio de los productores y no de los consumidores, de los anunciantes en vez del pueblo, y, por consiguiente, traducía en lenguaje desapacible, disociador y hosco el ansia de lucro de los especuladores. Porque para éstos, los ricos comerciantes del dolor ajeno, no había guerra, no estaban en llamas las cuatro esquinas del mundo. El tener las perchas de los almacenes repletos de mercancías valía más que los ideales de libertad y democracia, infinitamente más que la civilización y el derecho humanos.

El pueblo, el verdadero pueblo, que arranca el caucho en la entraña de la selva ardiente, que cosecha el arroz entre el légamo y el mosquito, que edifica la dorada parva en las lindes de las punas traidoras, nada tenía que hacer. ¡Nada! Si ni siquiera sabía que aquí lejos, en la neblinosa Capital, se repartían telas que no usa, máquinas que no conoce, y lujos que ignora....

¿QUE PASO?

Cuando visité por vez primera la Oficina de Prioridades, bajo la admirativa y extática mirada de la bella María Rosa, sentí la misma impresión que ante los viejos y olvidados cementerios pueblerinos. Había un silencio extraño, de naturaleza muerta. Tras las puertas cerradas las máquinas no cantaban sus polirritmos febriles. Sólo Gonzalo Abad garrapateaba en delgados papelotes los malabares de su caligrafía oscura. Me absorbí. Francamente, me absorbí. ¿Como podía errar así el amigo poco amigo Thur de Koos?

Yo sabía que esta oficina había sido creada, como el mundo, de la nada absoluta; que no tenía antecedentes ni patronos; que era la consecuencia de un mundo en formación; que Thur de Koos la amasaba a tentones, en lucha fiera con el pasado, con ese pasado de componendas y trafacías que ha sido el nódulo de la vida ecuatoriana. Yo lo sabía; y sabía, además, que allí dentro, donde se susurraba en inglés y se actuaba en castellano, se jugaba para ahora y para muchos años la suerte del país.

Volví otras y muchas veces, en días seguidos, esforzándome por establecer relaciones con ese hombre que silenciosamente se entregaba entero en bien de la nación, pero fué inútil. Salía cansado del despacho, batallando sin cesar casi doce horas, y así, en esas condiciones, era imposible algún acercamiento. Le envié mis recortes, trate trabajar con él para ayudarlo, fuí a su casa... ¡Vano empeño; Su patriotismo, su esfuerzo creador, su entereza en la lucha por el pueblo todo y no por un grupo minoritario, quedaba encerrado en su despacho, por la indiferencia del medio y el grito de guerra de los negros enemigos del progreso. Lo que Thur Koos había dado a su provincia lo había olvidado. Estaba introvertido y mudo. No acertaba a presentarse

tal cual es frente a esa sociedad por la que daba juventud, y vida, y dicha. Nuevamente tuve que andar, que andar....

FINIS CORONAT OPUS

Lo he vuelto a ver, ahora que es simple ciudadano, y ahora si somos amigos. Se retiró perseguido e insultado por los lobos de la usura, a la vida privada, al sano goce de trabajar para si y para los suyos. Pero eso no puede durar mucho. Amigo Thur de Koos: usted volverá, y volverá pronto a las tareas administrativas, porque la patria lo necesita y lo reclama. Y volverá con esa nueva experiencia que le faltaba: hablarle al pueblo y decirle claro cómo y por qué se labora en su bien

EL TOREO

CUENTO

Rosendo Tovar galopaba en medio de pedregoso sendero, orlado por doble hilera de frondosos eucaliptos. El ruido metálico de los cascos expandíase cantarino, rasgando el milenarísimo silencio de las sierras. Hacía frío: frío calador. El nublado opacaba al sol, y desde el fondo de las ásperas gargantas nacía blanquiza la niebla. El sudario espesábase y arremolinaba lenta, firmemente. Rosendo Tovar estiró el poncho y acertó el paso del animal, que cabeceaba nervioso. Estaba cerca de la casa hacienda de su hermano. La veía brillar entre el ramaje tupido de oscuro pinar. Se paró. La heredad estaba enclavada en un vistoso y largo vallecito, en el centro de los murallones rocosos de los Andes. Los nevados asomaban entre las nubes caprichosas sus testas venerables: borraríanse como las antiguas pinturas con pátina y telarañas. Uno que otro indio porteador pasaba carleando y su tímido saludo tenía de humilde y profana oración primitiva. Rosendo erró a campo traviesa. Gorgoriteaba un mirlo en los aleros de la casa, baja, alba, señorial: inconscientemente hacía recordar los austeros conventos franciscanos que tienen una fuente que habla de amores truncos a los monjes hieráticos. Salió a recibirlo cariñoso un perro y sus ladridos y coleos pusieron en el ambiente la nota galana y emotiva. Walter estaba en la puerta:

—Te has hecho esperar....

Rosendo sacudió las ropas, mojadas por la lluvia:

—¡Qué caminos, hermano, qué caminos!...

Entraron rientes y abrazados. Rosendo se frotaba las manos ateridas en tanto comentaba entusiástico el estado de las sementeras. Desde la ventana se veían las cuadrículas perfectas de papales. El viento acordaba dulce con el balido de las ovejas y el ondear rumoroso de cebadas y maíces. Rosendo intentó sentarse, Walter se lo impidió solícito:

—Ven; tomaremos un calentado.

Walter tenía la cara roja y el hálito pestilente de alcohol. Era alto de cuerpo, ancho de espaldas y ventruso. Al caminar recio hacía crujir lastimeras las tablas. Encendió un reverberillo: la llamita azul chisporroteó con ese encanto melódico y dulzón de los sacrificios indígenas. Empezó a trajinar nervioso y de corto en corto libaba su «canelazo», rudo como grito de rabia. Rosendo le rogó amistoso:

—No bebas más.

Walter se irguió serio:

—Estoy aburrido en este desierto....

Rosendo guiñó malicioso:

—Hoy viene de visita tu novia.

Walter encogió los hombros y gasteó altanero. Miró las chozas negras de sus peones y el humillo acogedor y amable que salía de la paja de sus techos mugrientos. Un cóndor volaba alto: punto negro en el algodón mate de los cielos.



Amparo Vallejo era dama provinciana con olor de santidad y pujos de aristocracia. Tenía los cabellos rubios, glaucos los ojos y rosadas las piernas. ¡El pálido rosa de los fríos! Al hablar arrastraba las palabras: parecía orar dulcemente. Al saludar plegó las manos y adoptó la amargada y contrita actitud de la beata Mariana. Grave y silenciosa allegóse al balcón. Los hombres se le acercaron ga-

lantes: ella bajó los ojos: fué chispazo de falacia y astucia. Walter la tomó del brazo, atenzando su carne mórbida, y presentó:

—Mi futura, Rosendo.

Amparo se dobló en ceremoniosa venia y se inmovilizó ceñosa. Era mujer que a través de los siglos conservaba pura la españolísima estirpe ¡La sangre española de las inquisiciones, iglesias y pecados mortales! Su alma era un vivero de prejuicios, parroquiales y menudos. Rosendo le alargó un nardo y al llevarlo a la mejilla, ella adquirió la gracia de los angelotes de Miguel de Santiago. Suspiró y como en canto litúrgico habló de ofrendar la rosa a la inasible Virgen del Parpadeo. Un hálito de mística leyenda pasó soplando encima de los hombres suspensos. El padre de Amparo, señor de muchas haciendas y cruces, aplaudía las afectaciones. Cantaron los gallos y el quiquiriquí tonante fué inundando de épica bravura corazones y sueños. Walter adujo cortés:

—He mandado preparar en vuestro honor una fiesta brava....¡De las verdaderas!

Rieron satisfechos. Por el patio venían en grupos los indios, y sus ponchos rojos y sus anacos azules dibujaban en las ondulaciones térreas contornos ajedrezados. Llegaban tocando flautas y tambores: la música lloradora expandíase clamante ¡Como que es pedazo de sus almas sencillas, amasadas de versos, plegarias y tristezas! Se bamboleaban gallardos: el guarapo y el puro habíales inyectado fuego de emoción y anhelos de perennidad. Hilaban las mujeres y en sus gestos de piedra había orgullos de esfinges y sanguínaria crueldad. Rosendo, que los miraba abismado, comentó a sovoz:

—¡Pobres! Están tallados en lágrimas y esclavitudes....

Amparo respondió tímida:

—Usted los juzga con criterio de hombre de ciudad.

Los indios ponían tranqueras en los corrales mientras rugían con leve y barbárica entonación. De largo en largo los mayores y los eracamas les lanzaban a la cara sus gritos agresivos. Los gorriones silbaban en los eucaliptos, corrían a sus nidos las cluecas y en el aire vibraba intensa ansiedad.



En el centro del patio saltó fiero un novillo bermejo con astas romas y rubio corvejón. El blanco del ojo le giraba nervioso, sus pezuñas escarbaban la tierra y resoplaba frenético, levantando polvo. Los toreros indígenas lo esperaban desafiantes, agitando sus ponchos: tenían la orgullosa y procerca actitud de viejos ídolos. Embistió el torete: las acometidas y los esguinces recordaban las fiestas castellanas con vestidos de fuego y bravura medieval. Rosendo alegó sonriente:

—No se ha muerto aún el espíritu bravío de los antiguos Puruháes.

Walter encogió los hombros, Amparo gesticuló leve: sus ojos de creyente fanática miraban tozudos el cielo gris. Rosendo advirtió crispado:

—Usted es un Chimborazo: tiene cimera la nieve perpetua.

Volteó y se alejó serio. Los lances taurinos seguían prendiendo hogueras en las absortas pupilas de las mozas de la gañanía. Walter empuñaba a menudo el codo: tenía la sed incoercible de los desengañados. Rosendo alegó trémulo:

—Tus libaciones me tienen nervioso.

El animal se rindió. La turba magulló, ensordeció y alzó en hombros al indio vencedor. Se le oscureció el gesto humilde y en alboradas bravías chispeaban de emoción. Se plegaron los labios de Amparo en remedo de sonrisa fugaz:

—¡Muy bonito! ¡Muy bonito!

El grave tambor y el sonoro flautín unieronse al delirante entusiasmo de las plebes. Aullaban cuernos y tronaban camaretas. Ensanchábase las cañerías de los cuellos, cantando el glo-glo triunfal de los licores. Las haldas pesadas de las bolsiconas se alzaron y sacudieron como banderas desplegadas al viento, y en el rumoroso y verde prado fué mancha punzó el baile serrano.



Ni los vívidos colores, ni los juegos estallantes encendieron las mustias pupilas de Amparo: mecíase apática y grave en una góndola rojiza, colocada coquetona en el centro de la habitación. Bajo los pinos seguían retorciéndose salaces las parejas indígenas, vibrando al son de quejumbroso cachullapi. Desde el balcón preguntó Walter a Amparo, solfécito:

—¿Qué tienes, mujer? ¿Estás a disgusto?

—No. No. Yo soy así... De nacimiento.

Walter fue accreándose pausado, a la vez amoroso y zalamero:

—Por verte alegre diera mi fortuna....

La asió del brazo, ella lo contempló pudorosa y con un gesto que tenía de ruego tímido y orden con imperio fué retirándose callada: semejaba gata en celo. Walter agachó la cabeza, empinóse otra copa y le adujo sentencioso, galante y acariciador:

—Tú necesitas de emociones fuertes....

Con paso lento y ademán meditativo regresó a la ventana: sus instintos otéaron el prieto horizonte, la azulada y caprichosa línea de los cerros, los diminutos plantíos y los bailarines despreocupados y gentiles. Repetía sordo, con la monotonía de un disco resquebrajado y viejo:

—....emociones fuertes....

Alzó tonante y orgullosa la voz, llamando al tardo caporal que látigo en mano paseaba por ahí.

El medio indio lo miró con esa su cara pétreo de guerrero y de profeta:

—Mandaráme lo que guste, amito taita.

—Suelta un toro bravo....¡Y que salga a burlarlo Andrés!

El mayoral se rascó indeciso y replicó gimiente:

—Está jumo, amito.

Walter apretó los puños:

—¡Mejor!

Los circunstantes lo contemplaron con asombro. La tarde caía azulenca y una ventolina, que pasaba gélida, espeluzaba carnes y pasiones.



Adelantaba Andrés por el patio inseguras las pisadas, babeantes los labios y vidriosos los ojos. Oscilaba: era la mies, azotada por el granizo. Flameaba turbador su desenrollado poncho. El toro entró en la liza y al correr hacía retemblar las estacas. Era negro, negro y con afilados pitones. Estremeciése Rosendo:

—¿Qué has hecho Walter?

—¡Nada!

—Es criminal....

—¡Que te importa!

El indio se echó agresivo hacia el toro, blandiéndole en las fauces el poncho colorado: el animal retrocedió lento. Quizá temía. La temeridad del hombre era un misterio. Se paró, sacudió las astas y embistió furioso: el torero movióse un punto y la piel de la fiera le rozó el pecho palpitante. Se empequeñecieron los corazones. Fué un instante cruel; pero un instante. El indio se reía orgulloso: volvió a la carga el toro. Empezó a garuar lento. Otra embestida y nuevo esguince: el animal se llevaba en los cuernos el trapo. Andrés que intenta quitárselo, el toro que arremete; salta el hombre, heire

el toro, forcejean varios segundos y la sangre mancha el lodo, Walter se irguió sonriente:

—...¡emociones fuertes!...

El indio quería alzar hacia el cielo la cabeza. Agitaba los miembros desgonzados. La cordillera se había cubierto de bruma: parecía túmulo de gigantes y endrúagos. Las llamas alargaban pensativas sus cabezas.

I N D I C E

	Página
La tragedia de llamarse Pedro	5
Noche en la Puna.	7
El Símbolo	13
Alpahuasi	18
Dos capitanes	20
Estampa	24
En torno del Chimborazo	26
La lección viva	28
La Mística de un Poeta	31
Don Ramón	33
Gerardo Medina, Cónsul ad-honorem	36
La interrogación perpetua	40
El Maestro	42
El Toreo	48

NOVELAS INEDITAS DEL AUTOR:

“EL CAMINO DE LUZ”

“ELBA”



PRECIO DEL EJEMPLAR \$ 3,50